

LA MEMORIA DE LAS ABEJAS

Giuseppe Gatti Riccardi

**LA MEMORIA DE LAS
ABEJAS**


ESDRÚJULA
EDICIONES

{COLECCIÓN ETCÉTERA}

Primera edición, abril 2022

© Giuseppe Gatti Riccardi, 2022

© Esdrújula Ediciones, 2022

ESDRÚJULA EDICIONES

Calle Las Flores 4, 18004 Granada

www.esdrujula.es

info@esdrujula.es

Edición a cargo de

Mariana Lozano Ortiz

Maquetación: Ana Pérez Gallego

Ilustración de cubierta: Sorin Otinjac

«Characters» (2018)

Impresión: Gami

«Reservados todos los derechos. De conformidad con lo dispuesto en el Código Penal vigente del Estado Español, podrán ser castigados con penas de multa y privación de libertad quienes reprodujeren o plagiaran, en todo o en parte, una obra literaria, artística, o científica, fijada en cualquier tipo de soporte sin la preceptiva autorización.»

Depósito legal : GR 622-2022

ISBN : 978-84-125181-4-6

Impreso en España · Printed in Spain

A Pablito, en recuerdo de sus ojos
enormes y asombrados

Sentía que algo se me escapaba, que la
comprensión de todas las cosas estaba muy cerca y
alcanzaba a rozarla apenas, y luego desaparecía.

MARIO LEVRERO

Un buey se contempla en el agua,
pero no entiende su imagen.

SREČKO KOSOVEL

La memoria de las abejas

Constantino

Tenía razón el cura.

Cuando la estatua de la Virgen llora hay que saber que su llanto es por el dolor del mundo. Y hay que saber que, si llora, hay que estar tendidos en el suelo y después levantar la mirada hacia sus mejillas de yeso manchadas de sangre.

Y en lo que dure el llanto no hay que pronunciar palabras ni emprender negocios.

Aunque dure semanas.

Yo se lo decía a los chicos, que en esos días solo deberían haber estado escuchando el sonido de la campana de la iglesia.

También la Mirela les decía que cuando la Virgen llora sangre hay que dejar todas las demás tareas y ponerse a rezar y tenderse en el piso y esperar, entre sollozos, que las lágrimas de sangre de la Mujer sin Mancha dejen de brotar de sus ojos.

Y sin embargo los chicos no nos hicieron caso y compraron las vacas y las cabras y los burros y las ovejas y empezaron el negocio justo en esa semana de lágrimas derramadas. Justo en las fechas de la quema de pastizales, cuando el aire se llena de partículas de cenizas que sobrevuelan el pueblo. Tiene

a diario los gases que las válvulas de escape de los autos —dragones enfermos— escupen cada tarde y cada noche.

El polvo del garaje es distinto al del edificio. El suelo oscuro, casi negro, disfraza la suciedad como en las paredes de un pozo negro. Las farolas amarillas —y no blancas como en la calle de arriba— son incapaces de iluminar los rincones más ocultos: creo que hay allí alguna madriguera de roedores. Su ruido, de noche, se adhiere a los techos de los autos.

Cada vez que un cliente entra para buscar su vehículo esas farolas blandas dibujan en el piso y en las paredes sombras alargadas que se mueven lentamente al compás de su propio taconeo.

El olor a subsuelo es agrio. Sabe a encierro, a ese hedor a abandono que se desprende al abrir baúles largo tiempo olvidados.

La Mirela viene a las nueve, todas las noches baja a este antro sin ogros, abre su bolsa amarilla de plástico, desenvuelve sus paquetes pegajosos y pone la tortilla de papas en la pequeña mesa de campo que me he traído a este cubículo en el que paso mis horas.

Antes, comíamos apoyando nuestras pocas viandas encima de una vieja impresora que nunca vi funcionar.

A través de los vidrios de mi cuartucho observo las columnas del garaje, un torbellino de rayas grises y blancas, y hundo mi mirada en las carrocerías lustrosas de los silenciosos huéspedes inanimados de este sótano.

Un sonido agudo y desafinado, parecido al de los antiguos teléfonos que se usaban en mi país, es el chirrido que la fotocélula de la entrada emite para avisar que un auto está bajando por la rampa.

Los autos vienen con su carga de polvo, con la memoria del ruido de arriba y escupiendo un humo oscuro que invade el espacio durante unos minutos. Se pega a los tabiques y a mis pulmones con la vehemencia de un narcótico apestoso.

Por unos segundos me mareo. Me siento en el banquito de madera pegado a una de las columnas y observo las figuras que el desprenderse del yeso de la pared ha dibujado en el muro. Hoy creo que es una oveja de tres patas lo que veo.

Es necesario, afirma la Mirela, que tengamos cada uno al menos dos trabajos: los chicos necesitan nuestra ayuda. Ella limpia casas, apartamentos. La señora Aquipuca fue una de las primeras en ofrecerle trabajo. Esa mujer de mediana edad y ceño eternamente fruncido es la dueña de un restaurante de lujo que cada noche, en sus enormes mesadas de la entrada, exhibe descomunales cabezas de atunes, langostas gigantes que descansan en acuarios acristalados desconociendo su inminente agonía y pulpos de tentáculos negros.

La señora Aquipuca los lunes le da a la Mirela la comida que ha sobrado del fin de semana.

Yo le contesto que sí, que los chicos nos necesitan y lo confirmo sin hablar, con un ligero movimiento de la cabeza, bajando la mirada hacia la inmundicia del piso.

Paso horas sin ver la luz del cielo y sé que la tristeza nos hace más viejos. Sé que la Mirela y yo somos más viejos que nuestros antiguos compañeros de juegos de hace tantas décadas. Porque los hijos de ellos en esa semana en que la Virgen lloró sangre se tendieron en el suelo y no emprendieron tarea alguna y allí, tirados al piso sin moverse, solo

estuvieron esperando a que la Virgen dejara de mojar sus propias mejillas con la sangre de su aflicción.

Y los hijos de nuestros viejos amigos no compraron ni vacas ni burros ni ovejas y para ellos no vino la enfermedad de los animales y ahora no tienen deudas.

Y si los hijos de nuestros hijos ahora nacen ya viejos es porque son pobres. Cuando todavía se encuentran en el útero de su mamá, a través de la piel delgada de la barriga se ven obligados a escuchar las preocupaciones de sus padres.

Acá, insiste la Mirela, en este país al que hemos venido para morir de desconsuelo y de trabajo, se vive como en un paraíso. Sin embargo, esto no es suficiente para que yo vuelva a rejuvenecer.

Somos criaturas borrosas de gesto arrugado.

En la televisión acaban de contar que un ministro le ha concedido a su esposa un alto cargo político, creo que incluso la nombró vice-ministro. Si el hombre se hace Presidente de la República y tienen hijos podrían incluso instaurar una república monárquica, con descendientes y todo.

No puedo escuchar el cargo que desempeña la señora del ministro porque el chirrido estridente del viejo teléfono anuncia la llegada de un auto.

Al apagarse el motor, el zapato lustroso del pie izquierdo del señor Rutik, una ballena en traje azul marino, se asoma a la puerta y se hunde en el mar negro del piso.

—Buenas noches, Constantino. Mañana voy a necesitar el coche a las ocho. Le pido que por favor me lo deje libre, en la primera fila.

—Buenas noches señor Rutik, descuide: mañana, cinco minutos antes de las ocho, va a tener el coche listo.

Cuando su silueta de una redondez casi perfecta pasa delante de la fotocélula, el sonido estridente se vuelve a escuchar hiriendo la noche como un cuchillo de filo herrumbroso cortando el aire en un callejón sin luz ni salida.

El ambiente se ha llenado de olor a gasolina. Vuelvo a sentarme en el banquito de madera y compruebo cómo la mancha oscura en la pared ya no es una oveja de tres patas.

Mirar fijamente esa mancha es entrar a un lugar oscuro. Hoy creo reconocer en esa sombra incrustada en la pared a un hombre ovillado.

De la botella de vidrio con el café que me ha preparado La Mirela se libera una cortina sutil de humo que trepa hacia el cielo raso y empaña los cristales empolvados de la lámpara de techo, tan fea que ni en mi país.

Se está haciendo tarde y tengo hambre. Esta noche la Mirela me ha prometido traer tortilla con cebolla.

En nuestro país, antes de la caída del dictador, los que teníamos perros los dejábamos morir de hambre por no tener que darles de comer. Los más crueles, o los más listos, los mataban para hacer caldo y para no morir ellos mismos de hambre.

Somos animales, somos perros. En nuestro país fuimos perros apaleados. Aquí, hoy, nuestra mirada todavía refleja los golpes de aquellos tiempos.

Yo siempre mantengo los ojos bajos: mientras la gente me habla, me dedico a descubrir insectos en las fisuras del asfalto.

La Mirela no es así, ella ataca. Una vez, al dueño de un piso adonde iba a limpiar dos veces por semana le preguntó que cómo era posible que tuviera una mujer tan linda.

Le preguntó cuán rico era para poderse permitir comprar a un espécimen humano tan bello.

La Mirela perdió ese trabajo.

En la televisión acaban de interrumpir el reportaje sobre el ministro y su esposa para dar la noticia de un atraco: al salir del banco del que se había llevado no sé qué cantidad de dinero, el ladrón se ha encontrado con una patrulla de carabineros.

El locutor habla de un tiroteo que habría tenido lugar a pocas cuadras de aquí.

Un moscardón morado pasa delante de la pantalla y se posa en el centro de la mancha oscura en la pared, la oveja que se volvió hombre ovillado. Desde mi posición parece como si se hubiera depositado en su cabeza.

Según la Mirela uno en este país puede hacerse rico y es precisamente por estar viviendo acá que tenemos que ayudar más a los chicos, dice.

Y esperar que algunos de los animales sobrevivan, y que se termine la enfermedad, y que los chicos entiendan que si la Virgen vuelve a llorar, que lo dejen todo y que vayan corriendo a la iglesia, y que se queden tendidos en el suelo y que esperen hasta que la Virgen derrame su última lágrima y que se acerquen, y toquen la sangre antes de que el yeso la absorba.

Al levantar la mirada creo ver que por las junturas empolvadas del cielo raso se asoma un dedo sin carne ni piel,

un apéndice esquelético, la vanguardia macabra de una mano que va a estirarse hacia mí hasta alcanzarme.

Ya tuve esa sensación, fue hace una semana. La Mirela dice que es la Virgen que nos castiga. Yo no estoy de acuerdo. La Virgen perdona. Son monstruos que nos llaman a algún abismo. Se lo he dicho una noche, pero ella no me hace caso.

Otras veces sí que tiene razón la Mirela: antes de la caída del dictador en nuestro país en la casa no podíamos siquiera hervir el agua porque no teníamos ni agua ni gas.

Las mujeres de nuestro país debían dar a luz muchos hijos. Nosotros solo tuvimos dos: según el dictador los que no teníamos al menos cuatro hijos éramos malos ciudadanos.

Acá la gente no tiene hijos y el país se va despoblando porque, dice la Mirela, cuanto más rica es la gente, menos hijos quiere.

De nuevo, otra cuchillada en el aire y otra vez el silbido, parecido al de un teléfono destrozado por los años, cortando el silencio.

El auto de Marta baja despacio, con tímida prudencia. Dieciocho años recién cumplidos y ya le han regalado un auto, un coche nuevo, cero kilómetros.

Dios no sabe lo que pasa en el mundo: yo no creo que viva en el cielo, creo más bien que habita el subsuelo. Mi abuela me decía que para hablar con Dios había que excavar un agujero en la tierra y después meter adentro la cabeza para escuchar si Dios está ahí abajo y si respira.

—Buenas noches Marta, ¿mañana te sirve el auto?

—No, Constantino, no hace falta, gracias. Mañana voy a la facultad. No voy en auto ni loca. Buenas noches.

Cuando venga la Mirela y saque de su bolsa de plástico nuestra tortilla de cebolla, le ofreceré un poco del vino que me ha regalado la gorda de la silla de ruedas.

A Mirela le gusta el vino. No obstante, no quiere que tomemos porque tiene miedo de que me emborrache. Pero ella sabe que nunca más he vuelto a emborracharme.

Sé que el vino es como el diablo y el diablo es el ayudante de Dios y vive en el infierno y, sin embargo, dijo una vez el cura de nuestro pueblo que el infierno está justo detrás del paraíso.

Yo sé que los hombres, cuando son buenos, solo lo son porque le tienen miedo al diablo.

En el tiroteo uno de los carabineros ha sido herido en un hombro. Parece que el ladrón ha seguido disparando a lo loco, alejándose del lugar.

Dicen que hay víctimas mortales.

Empiezo a escuchar las primeras sirenas de las ambulancias. No sé darme cuenta de si el alboroto proviene de la televisión o si es el eco de la realidad afuera, unos metros más arriba de donde me encuentro.

En este país, cuando los niños no comen se les dice que piensen en los pobres niños africanos que se mueren de hambre. Esta gente, dice la Mirela, no ha conocido nuestro país antes de la caída del dictador: dejarían de proponer siempre el mismo ejemplo y hablarían, quizás, de los niños que en nuestra ciudad vivían en las alcantarillas.

La moto del abogado es roja. Él y su esposa bajan rápido por la rampa: un ratón asustado que descubre tener dos cabezas. La moto llena el aire de un humo espeso y el ruido es tan ensordecedor que se me hace imposible escuchar la voz del periodista comentando los pormenores del asalto al banco.

—Buenas noches abogado; buenas noches, señora.

El aire está saturado de olores: aceite de oficina mecánica, moho, goma quemada, transpiración.

El abogado me saluda apenas, con un gesto de la mano que se me antoja despectivo, sin siquiera sacarse el casco. Lo que vislumbro de su rostro ajado es una isla de tristeza.

La mujer —una cara sin gesto— no me mira. Suben apurados —Satanás y Lilith con antifaz, diría nuestro cura— hacia el cielo sin estrellas.

Empiezo a cortar el pan para la tortilla. Preparo los vasos. Hoy saco los de vidrio, que guardo en la caja para grandes ocasiones que nunca llegan.

En la televisión muestran nuevas imágenes del lugar de la balacera.

Queda justo a pocas cuadras de aquí. En la plaza, un metro a la izquierda de la estatua del gobernador, hay dos cuerpos tendidos en el suelo.

Así, chicos, así deberían haberse puesto ustedes en nuestro pueblo cuando la Virgen lloró sangre.

La frente pegada al suelo hasta que duela.

Espejos

Para A.D.J.

A esta hora de la noche en el café los últimos parroquianos se levantan bostezando y ya no quedan más que dos o tres mesas ocupadas. El gordo Martín sigue limpiando vasos detrás del mostrador, la mirada cansada y perruna, bajo un flequillo grasiento.

El trapo entre sus manos está tan sucio que el cristal de los vasos queda empañado como si una resina pegajosa y transparente se estuviera derramando del techo y goteara, pesada, sobre copas y botellas.

El Turco ha insistido para que nos viéramos a esta hora, cuando el bullicio arrabalero de este local de mala muerte, justo donde la avenida deja lugar al comienzo de la carretera, va menguando poco a poco hasta que solo quedan los monólogos de un anciano medio sordo de barba canosa y ojeras amoratadas.

La ciudad ha sabido soportar, un día más, el peso violento de la luz y del polvo.